

tirado á su alcoba, inquieta por la correría de Nerón entre sombras.

— Quiero la bola de oro, en cuya esfera contenía el veneno preparado por Locusta para infligirme la muerte con celeridad y dulzura.

— No la he visto por ninguna parte. Deben habértela sustraído para preservar á la muerte tu persona.

— Quiero el brazalete de mi madre, talismán donde se guardaba mi buena ventura, y que Agripina me ceñía en el brazo para preservarme de todo mal. ¡Ojalá nunca lo hubiera desceñido, nunca, de mí!

— Tampoco parece.

— ¡Dioses, ni tengo el cable que á la tierra me ceñía, ni tengo el tósigo que al infierno me mandaba! No me quieren á mí, no, ahora, ni el aire, ni el abismo. Dile á Espicolo que venga, y vete tú.

— Mira — dijo Nerón al esclavo que acababa de penetrar en su estancia, después de haberse ido la nodriza: — te llamo para morir como Graco y como Bruto y como Catón, borrando todo lo malo de mi vida con una buena muerte: mátame de un golpe. Lo agudo de tu puñal y lo fuerte de tu brazo me ahorrarán muchas angustias.

— Yo no puedo cometer un asesinato. Matando á quien es mi amo, cometería un parricidio. No quiero aparecer parricida, no, ante los hombres, ni ante los dioses. Quieres morir, mátate, Nerón, tú mismo.

— ¡Cuán cruel eres conmigo! César divino, me arrastro á los pies de un siervo abyecto, pidiéndole piedad, y no se apiada el cuitado ahora de mí. Y al rehusarme su puñal de acero, me clava el más agudo todavía de su juicio, diciendo que no quiere ser, como yo, parricida. ¡Oh, Agripina!, ¡oh, madre! Vindex y Galba te vengan, y también mis remordimientos. Vamos, te pido, esclavo, por última vez, te pido que me mates.

— No lo esperes de mí; siendo tu amigo de veras, como te muestra el hallarme aquí á la hora suprema de tantas interesadas huidas, no quiero pasar por tu enemigo.

— Yo no tengo en el mundo ni amigos ni enemigos.

— Déjame, Nerón, retirarme á las cercanas estancias, allí que-

dar, no para matarte, como tú pides, para en todo cuanto pueda y con todas mis fuerzas y con todos mis recursos, en cumplimiento del deber, ¡ah!, servirte.

Y se fué.

— No me compadecen los hombres, pues me compadecerán los elementos. El Tíber me recibirá en sus aguas, y una muerte así exaltaráme á mis propios ojos y me colocará entre los dioses.

Lanzóse al río, que pasaba cerca del jardín Servilio, pero sus domésticos le impidieron tal muerte.

— Mas Helio, Dorifero, Espiro, mis últimos amigos, ocultadme pronto, ya que os oponéis á mi muerte, ya necesaria; ocultadme allí donde pueda esperar el desenlace de tal tragedia y ver los últimos ensañamientos del destino con su víctima.

— En la cuenca del Arno, afluente del Tíber — díjole Faón, — tengo yo una quinta, César, que debo á tu munificencia, como liberto tuyo debo á tus decretos la libertad. Podrás ser tú para los demás un tirano, digno de condenación eterna; para mí eres un dios, digno de idolatría.

— Vamos á tu quinta. ¡Muros de la Ciudad Eterna, para siempre adiós! Al separarme de ti, ¡oh Roma!, diría que me separo de mi corazón: tal dolor siento en mi pecho. Vamos donde quiera el destino: quizás encuentre Roma otro dueño que la rija mejor, no encontrará ninguno que la quiera tanto.

— Vamos — dijo Faón — á mi quinta.

— Mira cómo voy: heme vestido de mendigo para que nadie conozca en mí al emperador. La huída ingrata de los míos ahora me favorece. Quien tuviera por séquito la humanidad, por peana la tierra, por solio el cielo, por corona el sol, ahora tiene que tender la mano al viandante y pedirle una limosna. Recuerdo que salí por última vez al teatro en el papel de Edipo, bajo la luz misma del cielo que calentaba los párpados del parricida, bajo la luz de Grecia. Y el verso último que dijera, fué: «Padre, pueblo, naturaleza, patria, quieren que yo muera.» ¿Por qué volví de Grecia? ¿Por qué no continué representando? ¿Por qué no admití la contrata de Lidio para tocar en Alejandria? ¡Cuán errado anduve y cuán cuitado fui! Vamos donde queráis, vamos á tu quinta, Faón, vamos.

— Mira, Nerón, ahí están los alojamientos militares — le dijo Helio.

— Me detengo instintivamente — le repuso Nerón, refrenando un poco su caballo.

— ¡Galba! ¡Vindex! — gritaban los pretorianos.

— Huyamos, pues huyó la esperanza — gritó el emperador.

— ¿Vais en busca de Nerón? — preguntó un viandante.

— No, huímos de Nerón — dijo el emperador en persona.

— ¿Qué hay de nuevo en Roma? — preguntó al grupo fugitivo, deteniéndolos otro caminante.

— El destronamiento de Nerón — dijo el emperador.

— Lo merecía — exclamó el viajero.

— Si no fuera tan de prisa — exclamó el emperador, — lo haría matar.

— Nos van á conocer — exclamó Faón, después de haberse alejado de tal interlocutor. — Tomemos por el atajo.

— ¡Cuánto abrojo! — exclamaron los acompañantes, á quienes los zarzales y espinos les arrancaban abundante sangre de los pies.

— Yo he apelado á una industria: voy sobre mi capa, porque me han herido las espinas en términos de no poder andar.

— Vamos á perderlo todo, Nerón, porque rayan los primeros albores del día.

— Los últimos para mí — exclamó Nerón.

— Te reconocerán.

— Y ya ¿qué?

— Te matarán.

— Lo sentiré ya por vosotros, á quien afligiré; por mí, no, pues dejaré de padecer.

— Allí hay una cantera, y en ella puedes encerrarte — le dijo Faón.

— No haré tal — replicó Nerón. — Entiérrenme muerto, no vivo.

— Pues el camino imperial está demasiado concurrido para que podamos recorrerlo, y demasiado cubierto de agudas erizadas espinas este campo para que podamos nuevamente hollarlo. Tendremos que abrir un agujero en la tapia de nuestra quinta y por él penetrar.

— Penetraremos por donde quieras — dijo el emperador, y aguardó paciente á que perforaran y abrieran la pared.

— Daos prisa — mandaba Faón á sus compañeros.

— Tengo sed — exclamó Nerón.

— Aguarda, que tendrás en casa un agua del cielo clara en cisterna recogida.

— No. Beberé del charco este.

Y tomó unos sorbos de agua tan infecta.

— ¡Mala! — dijo Faón.

— He ahí el refresco de un emperador — dijo Nerón, poniendo el pensamiento en los vasos murrinos y en los regalados refrescos de su juventud.

— Entra — le dijo Faón al emperador, mostrándole el agujero de la tapia.

— Entro con las manos como un titiritero por esta boca, y no con los pies como entrara en mi triunfo último.

— Ya estamos en casa. ¿Qué aposento prefieres?

— La ergástula.

— ¿Será por más escondida y por más recatada?

— Quiero morir en el cuarto de los esclavos y sobre un misérrimo jergón.

— ¿Necesitas algo? — díjole Faón.

— Tengo hambre y sed.

— Agua puedo darte; alimentos, no; pues, como no pensaba en mucho tiempo venir, carezco de provisiones aquí.

— Dame un mendrugo.

— Toma los últimos que para el perro quedaban.

— El agua la quiero tibia, pues hasta á la hora de morir cuido la garganta.

— Como gustes.

Y le dió á beber en barro el agua caliente.

— ¡Qué voz la mía! ¡Cuán grande artista pierde, al perderme, la tierra! ¿Cómo se atreverá la muerte del infierno á la inmortalidad del músico?

— Cálmate, Nerón — le dijo Helio al ver que nuevamente se conmovía y exaltaba.

— Abridme un sepulcro que tenga la misma extensión de mi cuerpo. Revestidlo con la provisión de mármoles en toda quinta romana siempre acopiados. Que vea yo la cama donde por toda

una eternidad habrá de reposar mi cuerpo. Allegad el agua lustral con que rociaréis mis huesos y el ramaje con que habéis de constituir la pira.

— ¡Un correo, un correo, un correo! — dijo Faón.

— Veamos las noticias que trae. No me ocultes ninguna. Heme tragado ya todo cuanto habrá de suceder. Unicamente me sobrecogería de sorpresa cualquier favorable noticia.

— El campo pretoriano se ha decidido por la rebeldía franca, proclamando á Galba; el pueblo ha seguido al pretorio, ciñéndose los gorros frigios de la libertad; el Senado ha seguido después con su sanción soberana y su voto unánime al pueblo y al ejército. Nerón queda declarado traidor á la patria. Las antiguas leyes le serán aplicadas.

— Y ¿qué disponen esas leyes, Helio? Tú, gran jurisconsulto como mi padre adoptivo Claudio; tú, gran administrador en ausencias y enfermedades de Nerón, habla pronto y bien.

— Pues disponen que sea el condenado desvestido de todos sus trajes, colocado en desnudez completa so el yugo de una horca, expuesto á la vergüenza pública largas horas, y luego azotado en una inacabable procesión hasta que lance su postrer aliento y muera.

— No se verán en tal recreo ellos, ni me veré yo en tal suplicio. Tengo aquí dos puñales: probaré sus puntas en mi nuez.

— ¡Nerón, Nerón, Nerón! — empezaron á gritar los concurrentes con gestos de verdadera desesperación y sollozos de verdadero dolor.

— ¡Cuál garganta! — dijo retirando de ella el arma. — ¿Cómo voy á partirla yo mismo, sin que allá en el otro mundo me reciban de mal talante mis progenitores heroicos, que aumentaran su gloria con ella, y los dioses propicios, que me la donaron? ¡Vaya con el Senado! ¡Cómo se revotara si hubiera podido yo penetrar por allí! ¡Cuántos votos les he concedido contra mí por no haberlos degollado á todos! Vamos, no hay otro remedio que el suicidio. Hacedme oír el plañido de vuestras lamentaciones. Que vea yo mi propio funeral y duelo. Mataos alguno, procurándome así una enseñanza buena é impeliéndome al deber con un gran ejemplo.

— No hay tiempo para cosa ninguna — dice Faón: — llegan en

este instante los jinetes que han de apresarte y conducirte á Roma preso.

— ¡Adiós el poder, adiós el arte, adiós el culto á la hermosura! Pierden los pueblos un artista que nunca merecieron. Cuanto hice hasta el minuto que corre paréceme indigno de un César. Acepto la muerte con valor y me preparo al juicio de la historia con resolución.

— ¡Vienen, vienen!

— Ya oigo con Homero la carrera tonante de los caballos aligeros.

— ¡Entran, entran! — exclamaron todos.

— ¡Ah! — dijo Nerón, y se clavó en la garganta un puñal, muriendo á esta fuerte puñalada en tristísima ergástula sobre los jergones de un esclavo.

FIN DEL TOMO TERCERO Y ULTIMO

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO

	PÁGINAS
CAPITULO PRIMERO. - La proclamación..	5
- II. - Los funerales de Claudio.	37
- III. - ¿Quién gobierna?..	53
- IV. - Una predecesora de Agripina.	76
- V. - Declaración de guerra.	102
- VI. - Cenas neronianas..	127
- VII. - Proyectos de bodas.	147
- VIII. - Cenas opuestas á las de Trimalción.	166
- IX. - Los apocalipsis y las saturnales.	181
- X. - Implacables venganzas.	197
- XI. - El viborezno.	211
- XII. - La picadura del viborezno.	228
- XIII. - En Bayas.	245
- XIV. - Muerte de la madre de Nerón.	262
- XV. - Remordimientos.	281
- XVI. - El artista.	297
- XVII. - El artista en ejercicio.	313
- XVIII. - Farsas imperiales.	325
- XIX. - El hogar de Nerón.	337
- XX. - El incendio de Roma.	358
- XXI. - Más excesos y más delirios.	371
- XXII. - Conjuraciones y venganzas.	388
- XXIII. - En Grecia.	403
- XXIV. - Los últimos triunfos y las últimas derrotas de Nerón.	420
- XXV. - Finis.	439

ADVERTENCIA. - El cromo que representa EL TEMPLO DE CORA (restauración de Labrouste) debe colocarse enfrente de la portada.

